

¿Empalada o invisibilizada?: el precio de desear en clave femenina

Yanina Torres

Tomás se decía: hacer el amor con una mujer y dormir con una mujer son dos pasiones no sólo distintas sino casi contradictorias. El amor no se manifiesta en el deseo de acostarse con alguien (este deseo se produce en relación con una cantidad innumerable de mujeres), sino en el deseo de dormir junto a alguien (este deseo se produce en relación con una única mujer).

- Milan Kundera, La Insoportable Levedad del Ser (2002, p. 21)

Hacía mucho tiempo que no me acercaba a Kundera. No de esta forma: abierta, cruda, y con la piel viva. Y cuando leí ese fragmento, un rayo caliente me atravesó todo el cuerpo, y por fin pude decirme a mí misma: esta vez no voy a callar.

Actividad/ pasividad,

Sol/ Luna,

Día/ Noche,

Inteligible/ Sensible,

Son algunas oposiciones duales y jerarquizadas que nombra Cixous (1995, p- 13).

Es el mismo ejercicio que realiza Kundera (2002, p.11), identificando a Parménides como su ancestro:

Luz / Oscuridad,

Calor /Frío,

Ser/ No -ser,

Peso / levedad...

¿Y si agregamos una más, no dicha pero implícita?:

Amante / Marido.

¿Y qué pasa con el opuesto de padre?

Cixous (1995) nos redime de pensarlo: el padre nunca hace pareja con la madre. Hace pareja con el hijo. La jerarquización implica un no- lugar para la mujer como pareja. La mujer solo es valiosa como pasividad. O incluso como inexistencia. La mujer es sumisa al deseo del hombre que, así, la posee. El príncipe besa a la mujer que lo espera, desde siempre, dormida. Y en el momento en que abre los ojos y se levanta, vuelve a yacer. De cama en cama. Pariendo hijos. No-agente. No-política. No-deseante. Amada, pero no-amante.

Entonces, el pensamiento de Tomás solo puede ser visto desde uno de los opuestos: el masculino. El que, activamente, besa a la mujer y la libera de su

letargo. Que, social y políticamente recorre el mundo, mientras ella es la constancia que lo espera. Sin ser deseante, solo deseada.

Quizás su único valor se mida por cuán deseable resulta. Por cuánto deseo despierta en él. No por tener una voz que se permita decirse: sí, puedo ser deseante. Esa voz, ni bien osa aparecer en algún rincón de la mente, es proscripta: por el superyó, por las normas, incluso por otras que no se atreven.

Para el mundo es insoportable una mujer que hace gala de su levedad: una mujer que aprendió que sí, puede desear y que sí, puede no esperar ser amada, sino lanzarse a la aventura de amar. Esa levedad que, como Ícaro, pretende echar a volar demasiado lejos del suelo, acercándose al sol... y se les queman las alas. Y entonces, se precipita al mar: un mar espeso de normas morales, sociales y eclesiásticas que buscan devolverla a la tierra, rota, pasiva, sumisa.

La herida del no-narcisismo, como dice Cixous (1995): la incapacidad de verse a sí misma en su totalidad. Al creerse amada y, por ende, valiosa, se oculta tras el velo del sacrificio que debe realizar, pagando con su vida, por la mirada de un hombre.

Pero en ese mismo instante en donde la levedad de la trascendencia de la moral triunfa sobre la pesadez de las normas impuestas y autoimpuestas, la mujer se convierte en la integración de los opuestos. Se reconoce luz y oscuridad, día y noche, ser y no-ser. Ya no espera ser amada.

Elige ser amante.

Y por eso, es amada. Ya no espera ser deseada para ser digna de existencia: desea y, como tal, es deseada.

Una mujer que desea en un mundo que gira alrededor de un falo solo puede implicar dos cosas:

¿Empalada o invisibilizada?

¿Sometida o expulsada?

Años y décadas de andar de día, por el temor que las sombras de la noche la lleven en los brazos tenebrosos del riesgo de no ser considerada digna de amor, se convierten en un peregrinar nocturno en donde se mixturán el flujo, la yuxtaposición, la apertura y un *eureka*: también la mujer desea. Y al hacerlo, se expone al riesgo de que la expulsen de la cama, a las sombras de la noche. Y el eterno retorno del deseo se vuelve múltiple, fugitivo, fugaz y, en alguna medida, solitario. Ese es el precio por pagar por haberse atrevido a levantarse cuando todos la querían arrodillada, postrada, sumisa y sacrificada. Pero es un precio que lo paga sin dudar: al final de cuentas, detrás de ese velo se encuentra la libertad que la elección de su placer o del amor la hacen valiosa como iniciadora de un camino que otras seguirán.

¿Podría la mujer pensar como Tomás: hacer el amor y dormir con un hombre son cosas distintas y contradictorias? ¿O en el mismo momento que lo intentase, la ternura le impediría dar ese paso, tan utilitario, entre poseer un hombre y

rendirse ante él? Digámoslo así: también la mujer elige desear. A veces desea a varios hombres, innumerables quizás. Pero a veces desea a un solo hombre. Y cuando lo hace, integra el deseo y el amor: aparece el marido.

Entonces, la contradicción identificada por Tomás en realidad son los opuestos que están destinados a ser integrados en el amor de una mujer y la elección de un marido. Aquel que elige y es elegido. Que respeta su agencia sin apagar la suya. Que no busca que lo esperen, sino que lo extrañen.

Y en esa elección consciente de la mujer, se levanta desde las ruinas del falocentrismo y vuelve a volar. Esta vez con las alas que ella mismo construyó luego de caerse al mar. Con dolor, con furia y sin rendirse frente a aquellos que solo pueden pensarla y verla aletargada. Como si su destino solo fuese una existencia dormida, sin sentido y sin, verdaderamente ser. Una potencia que no se transforma en acto.

Un acto que no se consuma. Una consumación... olvidada.

Postdata para quien me leyó desde la incomodidad

Compartí este texto con un lector significativo para mí. Me dijo: “No todo puede leerse en clave dicotómica, y no todo es una cuestión de género”. Algo de razón tenía. En un tiempo donde el discurso reconoce la fluidez, los espectros y las intersecciones, hablar de binarismos puede parecer obsoleto.

Pero la estructura binaria sigue operando. A pesar de la ilusión de superación y la invisibilización que impone el no nombrar las oposiciones naturalizadas.

Ya no se trata de producir un discurso pretendidamente superador de binarismos, sino de reconocer su persistencia. Integrarlos en una síntesis crítica, cuyo último grito sea la negación de la amnesia.

Este texto no busca agradar. Busca poner en el centro del debate lo que muchos aún eligen no ver.

Referencias

Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa*. Anthropos.

Kundera, M. (2002). *La insostenible levedad del ser*. Tusquets Editores.

